

COMPLICIDADES



Arranz y lo breve

Carlos Marzal

El universo de lo breve goza de muy buena salud. Nunca ha habido tantos escritores de aforismos, de fragmentos, de microrrelatos; tantas colecciones editoriales dedicadas a los microrrelatos, a los fragmentos, a los aforismos. Los Cien Mil hijos del Haiku están enfrentados entre sí: los puristas contra los heterodoxos, los orientalistas contra los cultivos occidentales. Hay escuelas que se citan en público para dirimir a palos sus diferencias de concepto.

Las algarabías de este género resultan benéficas para la literatura. Siempre he pensado que de la cantidad es más probable que surja la calidad: la tradición no es otra cosa que una «cantidad de calidades», por decirlo de una manera extraña.

El nuevo libro de relatos de Manuel Arranz (Madrid, 1950), novelista, traductor, ensayista, espléndido crítico en este mismo suplemento de *Posdata*, cae de lleno en este inacabable ámbito de lo breve. *Treinta gramos de oro* (editorial Pasos Perdidos, 2017) es un conjunto de cuentos cortos –a veces cortísimos– que cumple de sobra con todos los requisitos de la mejor literatura narrativa: resultar entretenidos, despertar el vuelo de la inteligencia, conceder nos una visión acerca de la realidad y de los hombres que en ella habitan.

La tradición a la que se adscribe Manuel Arranz es, desde la cita de William Gerhardt que sirve de prólogo («Es un consuelo, dijo, pensar que hay otras personas en el mundo tan inútiles como nosotros»), la del humor, la de la sátira, a veces con su punto de blancura y a veces –las más–, con abundancia de sarcasmo. Sus brevedades constituyen a menudo apólogos acerca de la mezquindad humana, encarnada en la figura de algún escritor, o sobre la indiferencia que suscita en el mundo la figura del artista. Hay en Arranz una delicada intención moral que retrata los vicios y virtudes de los hombres mediante anécdotas mínimas, y de todos esos dibujos extraemos una impresión poco favorecedora de los individuos que representan al género humano.

Sus criaturas se someten con frecuencia a las leyes del absurdo y quedan atrapadas en él, sin saber cómo eludirlo, pero sin que les importe demasiado su propia situación sentimental. La finura demoledora con que suceden los acontecimientos narrados hace que pensemos en una suerte de nihilismo amable del destino.

Arranz se muestra en sus cuentos especialmente despiadado con ciertos rasgos de la modernidad artística: con la palabrería filosófica y con la confusión intelectual que convierte el oscurantismo en un sistema; con la pedantería verbal a la que se someten muchos escritores; con los malentendidos de la fama y del prestigio. El culturalismo de sus relatos (aparecen como personajes Cioran, Heidegger, Kant, Umberto Saba, Nabokov, Truman Capote) sirve para demoler bastantes de las deidades a las que la soberbia intelectual ha ayudado a rendir culto.

Todos los títulos de los libros poseen cualidades emblemáticas, porque quieren resumir el sentido final de la escritura que contienen; pero los treinta gramos de oro del relato que da nombre al conjunto simbolizan además buena parte del espíritu de nuestra época. Una época en la que se vendían las latas de treinta gramos de mierda del artista conceptual Piero Manzoni con la misma cotización que el oro.

Ibn Rusd, conocido en el occidente cristiano como Averroes, pertenece a ese grupo de filósofos, junto a Quintiliano, Séneca, Maimónides, Abulafia, Gabirol, Abentofail, Avempace o Ibn Arabí, a los que una cierta idea de España ha negado carta de ciudadanía. Asomarse a la Córdoba del siglo XII supone acceder a esa «otra España» que no por ser otra es menos nuestra que la romana o la visigoda. Un ejercicio saludable en medio de la marea de neo-tribalismo nacionalista que barre el mundo desde América del Norte y Europa hasta la India y el mundo árabe.

Todas las **AVERROES** *almas* un entendimiento

JUAN ARNAU
Filósofo

»»

La gran pasión de Averroes fue la especulación filosófica, aunque tuvo que ganarse la vida como jurista. Se movía en ella con entera libertad, lo que le granjeó poderosos enemigos. Perseguido públicamente al final de su vida, víctima del fanatismo de ulemas y alfaquíes, sufrió condena y destierro y sus obras fueron anatimizadas. Desconocemos de qué fue acusado; se ha mencionado su devoción por el helenismo y el consiguiente abandono de la religión. Se le acusó de afirmar que Venus era un dios, de mofarse de una profecía que anunciaba un cataclismo, de la falta de cortesía con el soberano (al que llamó rey de los bereberes y no monarca universal), de su amistad con el hermano del sultán. Pero también tuvo enemigos entre los hombres de ciencia. Averroes combatió las inclinaciones neoplatónicas de Avicena y su rivalidad fue legendaria, dando lugar a la historia rocambolesca de un posible encuentro que nunca llegó a ocurrir.

En su orientación filosófica, Averroes sigue la senda marcada por Ibn Bayyah, Avempace. Este último, aragonés de la frontera norte, nacido en la Taifa de Saraqusta, hijo de una humilde familia de plateros, llegará a visir del gobernador almorávide. Destaca en la música y en la botánica, y por ser un aristotélico empedernido. Hombre de temperamento, ensalzado y vituperado a partes iguales, dejó la mayor parte de sus obras inconclusas. El avance de las tropas de Alfonso I el Batallador le obliga a emigrar a Xàtiva, Almería y Orán. Muere en Fez, se especula que a causa de una berenjena envenenada. Avempace es probablemente el primer gran filósofo de Al-Ándalus, tiene el reconocimiento de Maimónides y Abentofail y su influencia llegará hasta Alberto Magno y Tomás de Aquino. Como ocurrirá más tarde en el Renacimiento, su inquietud humanística lo llevará a iniciarse en la poesía, la medicina, la astronomía y las matemáticas, aunque el meollo de su actividad será la *falsafa*, que es como los árabes llaman a la filosofía de origen griego. Azote de los místicos, sostuvo que había sustancias desprovistas de relación con la materia que el intelecto podía detectar. Defendió la posibilidad de una iluminación intelectual y la existencia de un lazo permitía al alma unirse con el intelecto

agente, aquí abajo, en este mundo, alcanzando así la perfección. El supuesto es simple: hay una parte de la mente que es divina y ella debe ser el nexo, el cordón umbilical, de la unión suprema. Entonces la persona individual ya no cuenta, pues el intelecto constituye una unidad de la cual los individuos participan. Estas ideas influirán decisivamente en el joven Averroes. También la presencia en la corte de Ibn Tufail (Abentofail), enigmático personaje que firma una de las primeras grandes novelas de la historia de Europa, *El vivo, hijo del vigilante* (más conocida como *El filósofo autodidac-*

como prueba el hecho de que los trabajos de Averroes, destruidos por sus enemigos árabes, fueran conservados en caracteres hebreos o en traducciones latinas.

El clima en el que trabaja no es del todo propicio. Todavía resuenan las invectivas de Algacel contra los filósofos, a los que considera incapaces de demostrar que el alma es una sustancia espiritual, autosubsistente e incorpórea. Para contrarrestar las ideas del teólogo persa, Averroes redacta una defensa de la filosofía. Admite, sin embargo, que «la cuestión del alma es oscura y que Dios sólo ha otorgado el privilegio de penetrarla a sa-



»»»

LA CONCEPCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN AVERROES

Idóia Maiza Ozcoide

► Trotta
448 PÁGS. 28 €

SOBRE EL INTELECTO AVERROES

► Trotta
176 PÁGS. 16 €

ta), precursora de *Segismundo* y *Robinson Crusoe*. Una obra que circuló en hebreo durante la baja Edad Media y que encargará traducir Pico della Mirandola. Su protagonista crece solo en una isla desierta, donde asciende del conocimiento empírico al científico y de éste al místico. Abentofail introdujo a Averroes en la corte almohade, presidida por un califa amigo de las ciencias y la filosofía, que lo animó a que hiciera accesibles las ideas de Aristóteles.

Alma y entendimiento

Desde que inicia sus lecturas de Aristóteles, gracias a las traducciones realizadas en Persia, la naturaleza de la mente será un tema recurrente en Averroes y acabará por convertirse en obsesión. Llega a comentar hasta tres veces el *De ánima* de Aristóteles, deteniéndose especialmente en un fragmento del libro tercero, de apenas una docena de líneas, que ha sido objeto de diveras interpretaciones y cuyo interés traspasaría las fronteras de la cultura islámica,

bios inquebrantables». Reconoce, además, que su posible inmortalidad es «un problema demasiado sublime para el entendimiento». Un posicionamiento que no excluye las creencias: hay filósofos «cuya fe no destruye su pensamiento y cuyo pensamiento no destruye su fe» y al mismo tiempo proclama que el más grande de todos ellos fue Aristóteles, que dejó en el aire el entendimiento era o no una parte del alma.

Pese a esa docta ignorancia preliminar, Aristóteles ha heredado el optimismo de su maestro. Un optimismo que en lugar de metafísico es epistemológico: el hombre puede conocer el mundo tal cual es. El entendimiento (*noús*) es capaz de convertirse en todas las cosas. Como posibilidad, el intelecto es capaz de recibir todos los conocimientos y ser potencialmente todas las cosas. En ese sentido es una especie de «materia» (de ahí que Averroes llame al entendimiento potencial, material). Pero, tras afirmar que dicho entendimiento es parte del alma, Aristóteles lo caracteriza como

«impasible» (capaz de recibir todas las formas sin experimentar cambios), «simple» (o puro, para ser capaz de albergarlo todo) y «separado» del cuerpo (de otro modo se vería afectado por las transformaciones del mismo y su ulterior decadencia).

Además, Aristóteles creyó que había en el universo físico un «factor» que llevaba las cosas de potencia a acto. Una transición que debía estar también presente en el alma. Ese factor lo denominó *noús poietikós*, término que fue traducido por «entendimiento agente» o «intelecto creativo», para distinguirlo del potencial (material), que tiene una naturaleza receptiva. Cuál es la relación entre ambos y dónde se establecen sus límites es algo que no aclaró y que fue objeto de discusión durante siglos. Alejandro de Afrodisia y Plotino identificarían el intelecto activo con Dios. Teofrasto y Simplicio con un principio inmanente que residía en el alma. Otros, como el materialista Estratón, lo vincularon al cuerpo, identificando pensamiento y sensación.

Por lo visto hasta ahora, la relación del cuerpo con el alma seguía siendo un asunto complejo (que sigue sin resolverse, aunque hoy lo llamamos «problema mente / cuerpo»). Aristóteles había insistido en que los hombres eran compuestos cuerpo y alma, y que ambos formaban una sustancia completa. El cuerpo natural sólo tenía vida en potencia y el alma era la actualización de esa potencia. Mientras Avicena defendía la relación de causalidad entre potencia y acto, Averroes los considera correlativos (ninguno es causa del otro). Ambos constituyen, por así decirlo, una «tensión esencial». Sin embargo, hay cierta «prioridad»: las diferencias en los cuerpos se deben a diferencias en las almas que los perfeccionan. Mientras que el cuerpo es divisible en partes, el alma constituye una unidad: «Es más correcto decir que el cuerpo es uno porque el alma es una, y no lo contrario». El cuerpo no se descompondrá mientras el alma potencie su unidad orgánica. El cuerpo debe su unidad al alma y el alma debe su unidad a Dios. El mundo en su totalidad es una unidad. Aunque tenga diversas partes, el universo tiende a un solo acto. De ahí que en todo animal exista una potencia espiritual que enlaza sus diferentes partes.

Si el entendimiento es una potencia divina, al participar del él, el hombre es en cierto sentido eterno. De ahí que se conciba al hombre como un ser intermedio entre lo corruptible y lo eterno. El asunto crucial es si el alma humana es sólo la forma del cuerpo o si es una entidad espiritual independiente. El enfoque adoptado por Aristóteles es en general el de un naturalista (que pretende renunciar

a la verborrea mística en torno al alma), pero el Estagirita mantiene la ambigüedad en algunos aspectos decisivos, dibujando un *noús* emancipado parcialmente de la biología (el alma es la que unifica el cuerpo y no a la inversa), como si hubiera algo divino en el hombre. El entendimiento parece tener una actividad propia, inmaterial e independiente del cuerpo, mientras que las restantes actividades del alma son indirectamente materiales. No obstante, ningún ser vivo puede participar ininterrumpidamente de lo eterno. «Nada perecedero puede permanecer para siempre uno y lo mismo». Lo dirá en repetidas ocasiones, en la *Ética* afirma que aunque el hombre es mortal, el entendimiento es eterno. Y la vida intelectual la más excelsa de

La caída en desgracia de Averroes coincidió con la decadencia de la cultura almohade y la degradación general de Al-Ándalus. Hacia el final de su vida, sus enemigos hicieron circular el rumor de que el califa había ordenado su muerte. Encargaron a un poeta de la corte unas sátiras que le acusaban de haber traicionado la religión. Un día de otoño, acompañado por su hijo, fue expulsado de la mezquita durante la oración de la tarde. Lo acusaron de plagio y de anteponer el juicio de la filosofía al del *Corán*. Mientras tanto, Al-Mansur, acosado por Alfonso de Castilla, libraba batallas en Extremadura, Plasencia, Talavera y Toledo.

El viejo ulema llevaba toda su vida enfrentando los mismos problemas que enfrenta-



Conversación imaginaria entre Averroes y Porfirio, según el «Liber de Herbis» del siglo xv.



Imagen de Averroes.



Tabla de Giovanni di Paolo ca. 1450, «Santo Tomás confundiendo a Averroes», en el Saint Louis Art Museum.

todas. En otros lugares se reafirma en que «sólo el entendimiento es divino y sólo él viene de fuera» (y la actividad corporal no tiene nada que ver con su actividad). El alma puede conocer los sujetos particulares precisamente porque es en potencia todos los seres. Resuena aquí el «eso eres tú» (porque lo fuiste o lo serás) de las *Upanisad*. Un hecho que subraya, por un lado, que el conocimiento humano es conocimiento en potencia, no en acto; y por el otro, que siempre acaba siendo un conocimiento fraternal o por simpatía.

rían el rabino Maimónides y el dominico Tomás de Aquino. Permaneció hasta su muerte convencido de que la visión de Aristóteles era la que mejor daba cuenta de la realidad, de ahí que le interesara mucho más la metafísica que la astronomía («cuyo modelo se conforma al cálculo, no a la verdad») e in-

Averroes de Córdoba fue el gran difusor de Aristóteles en Al-Andalus, lo que le valió muchos problemas con la ortodoxia coránica

tentó reconciliar la eternidad del mundo aristotélico con la tesis creacionista del *Corán*, y la solicitud del Supremo Intelecto Agente hacia todos los seres (que protegía a la especie, no al individuo) con el destino del alma tras la muerte.

Si Averroes no logró lo que lograría más tarde Tomás de Aquino (conciliar lo irreconciliable, el paganismo aristotélico con el credo monoteísta) no fue por falta de genio, sino más bien por el clima intelectual que lo rodeaba. Los tiempos cambiaban, el secretario del sultán redactó un decreto que condenaba a quienes se ocuparan de la filosofía, a los que se consideraba peores que «las gentes del libro» (judíos y cristianos). El que antaño había sido el más prestigioso alcaquí, se vio obligado a exiliarse a Lucena, una pequeña ciudad a un centenar de kilómetros de Córdoba, que albergaba una importante escuela rabínica y cuya población era mayoritariamente judía. Los almohades habían prohibido el culto a otras religiones, lo que había provocado un declive de la ciudad. Ese acoso a la filosofía dentro del mundo almohade provocó que Averroes no tuviera dentro del islam la repercusión que tuvo entre los judíos de Cataluña y Occitania y, posteriormente, entre los «averroístas latinos» de la Universidad de París.

Las campañas del califa habían logrado llegar hasta Guadalajara. Al-Mansur pasó el invierno en su castillo de Aznalfarache y a mediados de febrero regresó a Sevilla con su corte. Reorganizó las defensas y puso en orden los asuntos con León y Castilla, regresó a Marrakech, donde cayó enfermo. Coronó a su hijo y se retiró de la vida pública, consagrándose a actos de piedad y a promulgar edictos contra los judíos. Acuciado por los remordimientos de crímenes del pasado, el califa convocó a Averroes a Marrakech con el propósito de indultarlo. Allí moriría el filósofo en 1198, sin haber podido regresar a su amada Córdoba. Sus restos fueron exhumados y trasladados a la capital andalusí. Ibn Arabí vio montar el cadáver a lomos de una bestia de carga, equilibrado, al otro lado de la albarda, por el peso de sus manuscritos.

Perteneciente a una dinastía de magistrados, hijo y nieto de fieles servidores del régimen almorávide, el joven Averroes (1126-1198) se posicionó en favor de la revolución almohade que vino de África y acabó conquistando su país. Su rebeldía política tenía una agenda intelectual: extender su actividad filosófica más allá de las disciplinas árabes tradicionales. Los retratos medievales lo muestran barbudo y aturbantado (una moda bereber que, como nuestras corbatas de hoy, era en Al-Ándalus signo de prestigio y distinción), pero al parecer no se preocupaba mucho por su aspecto, ni siquiera cuando ocupó cargos públicos. No tuvo una vida romántica o novelesca, sus biógrafos destacan su capacidad de trabajo: «Desde que tuvo uso de razón no abandonó la reflexión ni la lectura, salvo el día en que murió su padre y el de su boda». Averroes se casó y tuvo al menos dos hijos (el islam condena el celibato), pero no fue polígamo. De corta estatura, destacaba por su fortaleza de espíritu y un carácter discreto y equitativo. No aprovechó su lugar entre los príncipes para amasar una fortuna (la corrupción era entonces frecuente) y carecía de esa jactancia tan arraigada en el mundo árabe preislámico. Sentía devoción por su tierra, su clima

y sus habitantes, «que es más parecida a la tierra de los griegos que a Iraq», donde se encuentran los tipos más equilibrados, que se reconocen por el color de la tez y la suavidad del cabello, raros en Arabia, donde se acostumbra a llamar blancos hasta a los pelirrojos. «En Al-Ándalus los descendientes de árabes y bereberes han sido equilibrados con los naturales de esta tierra, y por ello se han multiplicado las ciencias entre aquellos». El agua del Guadalquivir era más clara en Córdoba que en Sevilla, más delicada su lana y sus frutas más sabrosas. Alá ha dotado a gallegos y bereberes de una ceguera voluntaria y turbulenta y sus países eran indiferentes a las ciencias. Sin embargo, tanto el clima como la situación de Al-Ándalus lo convertían en un lugar privilegiado para las actividades del espíritu. Averroes supo ser crítico con su propia etnia. Nunca le interesaron los orígenes míticos de los pueblos (pese al mito del *Corán*) y no creía que los árabes fueran un pueblo privilegiado. Habían sido

los encuentros con otros pueblos, entre ellos los visigodos, los que los habían elevado hacia las ciencias.

Averroes será recordado como comentador de Aristóteles y, aunque no sabía griego (tampoco los sabían la mayoría de los filósofos islámicos de su tiempo), supo leer al Estagirita de un modo original. Elaboró una singular «filosofía de la imaginación» que fascinaría a Siger de Brabante y Boecio de Dacia, los «averroístas latinos». Las ideas que pusieron en juego eran peligrosamente paganas: el mundo es eterno; el alma se compone de una parte individual y otra divina y la individual no es eterna; todos los hombres comparten un mismo intelecto divino, la resurrección de los cuerpos no es posible. Unas ideas que alimentarán los debates escolásticos y que alcanzarán a Pico della Mirandola y Giordano Bruno. Todo ello debido en gran medida a las ambigüedades de Aristóteles respecto al alma, que hicieron proliferar las especulaciones y los comentarios.

UN HOMBRE DISCRETO